



ESTE libro que publica el Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza con el título poco ambicioso de ENSAYOS POETICOS, producirá, según yo pienso, dos grandes bienes: hará renacer la afición á la poesía pastoril, poco ó nada cultivada, é inspirará el deseo de conocer los grandes modelos de las literaturas griega y latina.

Con insistencia se viene diciendo por críticos de nota que pasó ya el tiempo de la poesía bucólica, y que no se escucharán más el caramillo ni la avena que Títilo y Melibeo tañeron en días lejanos á orillas del Mincio.

Hasta se ha llegado á enseñar que si la poesía bucólica ha de volver á nueva vida, es necesario romper los moldes antiguos, aquellos mismos en que vaciaron Teócrito y Virgilio las más bellas creaciones de su numen. Mas con ser tan respetable quien ha pronunciado esta sentencia, creo que es lícito apelar de ella ante el tribunal de crítica más sana y de gusto más acendrado. No es doctrina incontrovertible la que enseña que no son ya del dominio de la poesía los asuntos cantados en églogas ó idilios. Ya se pare la consideración en el teatro donde pasan las escenas de la vida campestre; ya se mire á los personajes que en ellas figuran, ó bien á los sentimientos que los mueven, siempre podrá dar cuerpo y realidad á bellezas de primer orden el poeta que apacienta su espíritu con la contemplación de la Naturaleza.

El sosiego de los campos, la serenidad del cielo, la fragancia de las flores, el canto no aprendido de las aves, serán raudal inextinguible de inspiración de donde manan á la continua la dulce paz del alma y la plácida alegría. ¿Y quién negará que todo ello fertiliza á los ingenios, que por inclinación de

su estrella han nacido para cantar la vida tranquila del campo? Sin embargo, algunos críticos malhumorados reputan este linaje de poesía frívolo y baladí; otros, ahondando más en esta cuestión, juzgan que el poeta ha de ser intérprete de las ideas y sentimientos reinantes en su época; y que tales ideas y sentimientos si bien se hallan en todos, no tienen en todos la claridad, intensidad y viveza que en la mente inspirada del poeta, foco á donde convergen los haces de luz que parten de otras inteligencias menos favorecidas. De donde se colige que el poeta ha de darles forma, y que de esta es dueño exclusivo; mas por lo que toca á la materia, tiene que recibirla según su grado de universalidad y trascendencia, ya de la humanidad, ya de su raza ó bien de su nación, y aun habrá casos en que el asunto escogido tenga color todavía más local. Si no se atempera á las exigencias de los tiempos, y si su lira produce sonos desusados, nadie querrá oírle, ó no será comprendido cuando por ventura haya alguien que le escuche. En este caso piensan muchos que se halla el poeta bucólico, que cuenta cómo pastores que viven sólo en la fantasía, can-

tan sus amores, lloran la muerte ó los desdenes de su amada, ó bien compiten en alternado canto, y apuestan como premio al vencedor, quién un vaso ó una copa, y quién una oveja ó un cayado.

Se dice asimismo que el asunto es tan pobre, que á poco queda ya agotado, y por cortas que sean las producciones de este género, resultan monótonas; y sus autores se ven en el caso, ya no de imitarse, sino de copiarse unos á otros. Sin embargo, no son tales estas consideraciones, que nos autoricen á rehusar á los poetas bucólicos un lugar en el Parnaso. Las églogas y los idilios son verdadera poesía, y ni el transcurso del tiempo, ni la mudanza en tendencias, aficiones y gustos, podrán destruir *la belleza interna y esencial* que hay en esta clase de composiciones; porque no es la belleza algo puramente subjetivo que varía con el sentir de los hombres; si así fuera, nada habría verdaderamente bello, toda belleza sería relativa; y así como de no aceptar una verdad absoluta es necesario negarlas todas, y de no admitir una bondad absoluta, es preciso negar todo bien; de la misma suerte, de no confesar la existencia de una be-

lleza eterna y absoluta, de la cual son participación é imagen todas las cosas bellas, será menester conceder que nada hay real é intrínsecamente hermoso. El universo entero con sus armonías maravillosas y sus leyes imperturbables, es la expresión y la realización de la idea de su artífice, idea que debe considerarse como prototipo invariable de la belleza.

La belleza ontológica, que es esencialmente objetiva, es inseparable de la verdad y de la bondad. En el orden intelectual no es bello lo que no es verdadero, y en el orden moral tampoco puede ser bello lo que es intrínsecamente malo. El error y el mal son deformidades que no se compadecen con la belleza. En el Sér Absoluto, Verdad, Bondad y Belleza son cosas idénticas; sin embargo, esto no obsta para que sean distintos su conceptos y para que correspondan á facultades distintas de nuestro espíritu: entendemos lo verdadero, amamos lo bueno y nos gozamos en lo bello.

Los griegos, siguiendo sin duda las doctrinas de Platón, emplearon como sinónimos las voces *kalos* bello y *agatos* bueno, y aun de las dos formaron una sola *kalokagaton*; por

lo que mira á la verdad, es cosa universalmente reconocida que sin ella no hay belleza. Sin embargo, Rousseau pensaba que *lo bello es lo que no es*. La antinomia que se advierte entre estas dos doctrinas, nada más es aparente. Aunque en el mundo real hay bellezas que contemplamos arrebatados de admiración, no están exentas de defectos; más allá de lo real está lo ideal, y lo ideal es el tipo de la perfección en cada orden de cosas. Es ministerio del arte purificar la naturaleza de todas sus imperfecciones, y después de purificada, hermosearla y magnificarla. Acontece en el orden estético lo mismo que en el geométrico; la verdad no existe fuera del espíritu, está dentro de él; no es verdadero círculo el que ha construído el artífice, sino el que ha concebido y definido el geómetra; y de la misma suerte el tipo de la perfección, que es la verdad estética, no se ha de buscar en el mundo real, en donde se combinan, y mezclan y entreveran lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, sino en las creaciones del genio, ó como enseña uno de los mayores críticos modernos, en la vida y desenvolvimiento del espíritu. En este sentido, lo bello es lo que

no es, lo que no existe en el mundo real; pero que vive con vida maravillosa en el mundo de las ideas, cuyos horizontes son más extensos y están iluminados por luz más viva y más casta. En este sentido puede afirmarse que la verdad que el arte busca y hallada intenta realizar, no se encuentra en lo real, sino en lo ideal; pero lo ideal no es lo quimérico, ni lo contradictorio, ni lo inconcebible. Los ámbitos inmensos del ideal, dentro de los cuales vive é impera el arte, están limitados por el concierto y armonía que ha de haber entre lo real y lo ideal, pues lo segundo no destruye á lo primero, antes lo acendra y lo ennoblece, corrigiendo las imperfecciones inherentes á lo bello natural, que descubre y señala Hegel en su profundo tratado de Estética. El ideal que concibe el artista es superior al mundo real al cual perfecciona y embellece; pero muy inferior á la Realidad Infinita á la cual jamás podrá alcanzar.

Los grandes ideales son propiedad exclusiva del genio; son á manera de revelación que los espíritus privilegiados reciben de la inteligencia suprema durante arrobos inefables. Mas como los ideales humanos

al cabo sólo son participación y como tenue reflejo del ideal soberano, varía su grado de perfección con el grado de luz, de intensidad y elevación que le comunica la inspiración individual, que no en todos puede ser la misma. Platón, en uno de sus diálogos, que traduce en parte el Sr. Menéndez Pelayo en su admirable historia de las Ideas Estéticas en España, enseña que las mejores obras humanas “sólo se hacen por cierto furor, manía ó delirio que los dioses nos infunden.” Y según él manía es también “la inspiración poética que instruye á los venideros de los hazañosos acontecimientos de los pasados. Quien sin ese furor se acerque al umbral de las Musas, fiado en que el arte le hará poeta, verá frustrados sus anhelos, y comprenderá cuán inferior es su poesía dictada por la prudencia á la que procede del furor concedido á nosotros por los dioses inmortales para nuestra mayor felicidad.”

Las obras de arte entre las cuales ha de contarse la poesía, toman su belleza, no sólo del ideal de que son trasunto; sino de la perfección con que han sido ejecutadas,

y del instrumento que ha servido para la ejecución. Esta última se reputa perfecta, cuando copia fielmente al ideal, y por esto piensan muchos que en las obras de arte la belleza estriba en la imitación. Pero aunque es muy intenso el placer que nos proporciona la imitación perfecta, no consiste en ella la *quididad* ó esencia de lo bello, es sólo el medio de trasladarlo al mundo del arte.

¿Mas qué ideal ha realizado la poesía pastoril, para asegurarse juventud perenne y eterna hermosura? Bien considerado este género de poesía, se advierte que el más importante de sus elementos estéticos es un elemento ético, es una especie de *sófrosyne* que consiste en el equilibrio casi perfecto de afectos y pasiones hasta donde lo sufre el ideal humano; porque no ha de crearse tampoco un ideal que destruya el concepto de hombre, y que por esto mismo venga á ser algo quimérico y contradictorio. Tal equilibrio va acompañado de esa ecuanimidad que resulta, no tanto del temple elevado del espíritu, cuanto de la tranquilidad de la vida pastoril, raras veces expuesta á grandes mudanzas como las que llora Me-

libeo, desposeído de su heredad por un bárbaro soldado. Con la ecuanimidad van juntas la serenidad y apacibilidad de ánimo; y un gozo suave y delicado que labra la dicha de esa vida, cuyos días corren felices en medio de ocupaciones campestres y de inocentes pasatiempos. Téngase además en cuenta que de ordinario andan concordes el estado del ánimo y el de la naturaleza: no hay grandes tempestades ni en el alma de los pastores, ni en su cielo azul y sereno; las claras y tranquilas aguas de los arroyos semejan la limpieza y tranquilidad de su conciencia, y la belleza de las zagalas compite con la de las flores, y aun le hace ventaja. Esta armonía del orden moral y del orden físico; esta correspondencia entre el estado del alma y el de la naturaleza, reúne en feliz consorcio dos órdenes de bellezas, que juntas forman el ideal de la felicidad por todos anhelada, y tal armonía, según pensadores profundos, es el sello que distingue á una obra de arte. El poeta bucólico que canta los goces puros y sencillos de este género de vida, produce notas que escuchan todos con fruición inefable, porque llevan la paz al espíritu, y conciertan el alma

agitada por pasiones tumultuosas. ¿Quién no habrá codiciado en medio de los placeres ó de los sinsabores de grandes ciudades y de cortes fastuosas, el retiro y sosiego de los campos? ¿Quién no lo habrá envidiado al escuchar la lira del poeta venusino, que viviendo en la ciudad por antonomasia y en la corte del monarca más poderoso de la tierra, llama feliz al agricultor que labra con bueyes propios los campos heredados de su padre? No hay que distinguir ni de tiempos ni de lugares, para afirmar sin temor de ser desmentido, que la poesía pastoril siempre ha satisfecho una necesidad de nuestra alma, y siempre “ha correspondido á algún estado general del espíritu.” Pero esa necesidad nunca se ha sentido tanto como en nuestros días. Hoy que todo género de actividad agita el espíritu y lo fatiga hasta agotar su energía; hoy que la inteligencia apura todos sus recursos para poner en ejercicio y aprovechar por maravillosos procedimientos las fuerzas de la naturaleza por largos siglos ignoradas ó apenas vislumbradas; hoy, por último, que todo linaje de pasiones, y mayormente las políticas y religiosas, conmueven honda-

mente y sacuden con desusada violencia todo nuestro sér; hoy, sin duda, necesitamos más que nunca de un género de poesía que ponga en nuestro espíritu afectos tranquilos, sentimientos tiernos é imágenes risueñas, y que tenga eficacia para devolver al alma, siquiera sea momentáneamente, la paz turbada por tantas y tan diversas causas de agitación, proporcionándole algunos instantes de reposo después de rudo y afanoso trabajo.

Los poetas bucólicos más admirados y más imitados han pasado su vida en las Cortes de los reyes ó en medio de los campamentos; asordados á veces por el estruendo de las armas y rendidos á su peso, y á veces regalados con las delicias de una vida muelle ó hastiados de intrigas cortesianas. Sin duda sintieron la necesidad de respirar ambiente más puro, y en la poesía creada ó cultivada por ellos buscaron descanso á su espíritu fatigado y honesto esparcimiento, que remediase la desazón y desconsuelo que dejan placeres demasiado intensos, aunque fugaces. Así vemos que Teócrito floreció en Siracusa y cantó la gloria de Ptolomeo; Virgilio vivió en la corte

de Augusto; Calpurnio en la de Diocleciano; Tasso fué llamado por Alfonso II de Ferrara; Figuerca y Garcilaso siguieron las banderas de Carlos V; Meléndez Valdez figuró en el reinado de Carlos III y Madame Deshouliers en el de Luis XIV.

Ni se han de tener por indignas de la poesía aquellas escenas casi infantiles, que no han vacilado algunos en llamar verdaderas ineptias. Porque no es ineptia poner de bulto la inocencia, el candor, la sencillez y pureza de almas incontaminadas y limpias, tipos de belleza moral. Y esto sin contar con que la narración de tales hechos no está descarnada y escueta, sino hermo-seada con imágenes y descripciones que dan al asunto una entidad que por sí mismo no tenía. De esta suerte, si dos pastores rivalizan en el canto, apuestan objetos que son maravillas de arte y cuya descripción nos deleita; tal es la que hace Teócrito de un vaso en uno de sus idilios y la que presenta Virgilio, también de vasos, en su Égloga III. Cierto es que las escenas de la vida pastoril no ofrecen aquel interés que despiertan el conflicto de las pasiones y la variedad casi infinita de lances cuya exposición sus

pende el ánimo y mantiene viva la atención; mas cabalmente éste es el mérito de la poesía bucólica nacida para solaz y sosiego del espíritu, y no para estímulo de pasiones demandadas, ni para esfuerzos de atención que fatigan la inteligencia. Los sucesos cuya urdimbre forma la vida pastoril son sin embargo poéticos, con tal de que sean tratados poéticamente. “La poesía, dice el profundo crítico é insigne humanista D. Miguel Antonio Caro, es una manera ideal y bella de concebir, de sentir y de expresar las cosas; por manera que la esencia de la poesía es siempre una misma, si bien la esfera en que se ejercita es inmensa. Cada género de poesía es la aplicación de las facultades poéticas á determinado campo; por lo cual no es razonable fallar que en el siglo presente ó en el futuro no ha de cultivarse sino tal género de poesía, la científica v. gr., pues no hay motivo para estrechar ni localizar la jurisdicción del poeta. Buena fué, es y será siempre la poesía, siendo poesía.” A idéntica conclusión llega el Sr. D. Juan Valera, que pone término á profundas y luminosas consideraciones con estas palabras: “Infiérese

“ de aquí que todo asunto es poético como “pase por el prisma hechicero de la poesía, “ como le trate poéticamente el poeta.” Tales enseñanzas consueñan con las doctrinas de Hegel. Este profundo pensador dice: “El arte que se expresa por la palabra, ya se mire á la substancia, ya á la forma de las representaciones, abarca un campo inmenso, más vasto que el que pertenece á las otras artes. Todos los objetos del mundo moral y de la naturaleza, los acontecimientos, las historias, las acciones, las situaciones físicas y morales entran en el dominio de la poesía y consienten ser tratados por ella.” Y hablando más particularmente de la poesía descriptiva, enseña en otro lugar, que ofrece mayor interés cuando acompaña sus cuadros de la expresión de los sentimientos que puede excitar el espectáculo de la naturaleza, la sucesión de las horas del día, de las estaciones del año, ó una colina cubierta de árboles, un lago, un arroyo que murmura, un cementerio, una aldea agradablemente situada, en fin, una cabaña. Admite, lo mismo que el poema didáctico, episodios que le dan una forma más animada, particularmente cuando pin-

ta las emociones y sentimientos del alma, una dulce melancolía ó pequeños incidentes tomados de la vida humana en las escenas inferiores de la existencia. Finalmente, para que un asunto sea poético, quiere Hegel que sea presentado artísticamente por la imaginación, y que la expresión poética añada á la inteligencia del objeto una imagen, que aleje la comprensión puramente abstracta, y ponga en su lugar una forma real y determinada. Así es como los verdaderos poetas han rodeado de encanto indefinible incidentes insignificantes de la vida pastoril, ó hechos tan comunes que á la continua se verifican. ¿Qué suceso habrá de menor trascendencia que la pérdida de un manso? Y sin embargo, ha dado asunto á uno de los sonetos más bellos que se han escrito en lengua castellana. Así también nada hay más común que llorar la muerte de una persona querida; pero no es común expresar tamaña pérdida, con el hondo sentimiento de amor y de ternura que muestra el pastor Nemoroso cuando prorrumpe en estas quejas:

“¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,  
“Cuando en aqueste valle al fresco viento

‘ Andábamos cogiendo tiernas flores,  
“Que había de ver con largo apartamiento  
“Venir el triste y solitario día,  
“Que diese amargo fin á mis amores?” (1)

Tampoco ha de pensarse que la poesía pastoril es pobre de asuntos y de formas. Por monótona que parezca la vida del campo, pueden variarse indefinidamente los cuadros de la naturaleza, y los incidentes que nacen de las pasiones, afectos é intereses propios de los campesinos. Y así lo ha hecho Gesner entre los modernos. El idilio XVIII de Teócrito, las Églogas IV y VI de Virgilio, así como los cantos fúnebres de Bion y el Aminta del Tasso, prueban que en este género de poesía caben asuntos de muy diversa índole. El poeta siciliano canta la gloria de Ptolomeo; Virgilio con acento profético y con tono ditirámico anuncia que al advenimiento de nueva progeñie bajada del cielo, va á mudarse la haz de la tierra y á renacer la edad de oro por todos suspirada. No hay, pues, razón para proscribir un género de poesía, que, cuando menos,

(1) He tomado esta observación y los versos que la comprueban de un discurso pronunciado en la Real Academia Española por el Sr. D. Antonio María Segovia.

tiene el mismo derecho que los otros, para ser aceptado como una de las manifestaciones más genuinas del arte, y como uno de los medios más apropiados para realizar la belleza por medio de la palabra.

Entre nosotros y en nuestros días, poetas insignes han consagrado á él sus ocios, enriqueciendo la literatura patria con joyas de muy subido precio. Uno de ellos es Ipanandro Acaico, que ha puesto en nuestra lengua los bucólicos griegos. No soy quien pueda tasar el mérito de esta versión elogiada dentro y fuera de la República por los próceres de la Literatura; tampoco sería esta la ocasión oportuna de avalorarla. Otro poeta bucólico es Pagaza, autor del presente libro, en donde hay versiones parafrásticas y traducciones fieles; hay asimismo imitaciones y hay poesías originales.

Pagaza, por su natural mismo, ha nacido para admirar y amar la naturaleza y gozarse en sus bellezas, y por esto su vena poética corre siempre fácil, rica y espontánea. Su poesía es poesía de veras; no es postiza como esa que se hace consistir en adornos sobrepuestos y en afeites retóricos. Siente amor intenso á la naturaleza, la observa

casi con la misma atención que el naturalista, como si quisiera descubrir no sólo sus bellezas, que es lo que el poeta busca, sino sus más recónditos secretos y sus leyes más ocultas. Y como largos años de su vida ha pasado en la soledad de los campos, ocupado en conducir su mística grey á prados donde reina perenne primavera, su tarea cotidiana ha sido la observación profunda de la naturaleza, la contemplación extática de sus bellezas y el estudio del corazón humano aún no contaminado por el refinamiento de una civilización sensual, ni pervertido por las demasías é intemperancias de una ciencia tan descreída como soberbia.

Y grandes enseñanzas ha de haber lo grado en el sosiego de su retiro, cuando en su bellissimo romance á Liranio exclama:

¡Ah! te aseguro, Liranio,  
Que allá en las aulas austeras  
No aprendí lo que Natura  
En estos campos me enseña.  
En cada fuente que brota  
Y cuyas ondas inquietas  
Huyen, saltando en las guijas,  
Sonoras, blandas y amenas;  
En cada flor que á la aurora

Remeciéndose despliega  
Sus pétalos, alardeando  
De su fragancia y belleza,  
Y que en sudario á la tarde  
Sus propias galas se truecan  
Y viene el aura gimiendo  
De su tallo á deponerla;  
En cada hierba que nace,  
Y en cada fronda que rueda  
Liranio, encuentro motivos  
De reflexiones muy serias.

Así es que la naturaleza le ha proporcionado el asunto ó materia de sus obras poéticas; su numen ha hermoscado y perfeccionado lo que en el mundo real no era acabado ni perfecto, y ciñendo sus sienes con las ínfulas sacerdotales del vate, ha puesto el oído á las revelaciones que vienen de lo alto, para iluminar é inflamar al alumno favorecido de las Musas. Su educación literaria enteramente clásica transmitió á sus producciones el espíritu virgiliano que les da color y vida, puso en ellas elegancia de estilo, frase pintoresca y dicción rica, limpia y correcta.

Figuran en primer lugar en este libro las versiones de las diez églogas de Virgilio, algunas de ellas son fieles y algu-

nas parafrásticas. Todos saben cuán grandes son las dificultades que le salen al paso al que intenta enriquecer la literatura y lengua de su patria, vertiendo al propio idioma obras escritas en otro. Pero suben de punto tales dificultades, si la traducción ha de sujetarse á las estrechas y múltiples leyes del metro. En este caso es menester un poeta para interpretar á otro poeta, é incurriría en grave yerro quien pensara que para salir airoso de tamaña empresa basta conocer con perfección la lengua en que está escrita la producción original y la vernácula á la cual ha de ser trasladada. Con esto se tendrá solamente el instrumento que ha de servir para la ejecución de la obra; pero si la versión ha de ser trasunto fiel del original, es indispensable que el traductor esté bajo la influencia de una inspiración semejante á la que iluminó y agitó al poeta; es preciso que sienta y piense como él, y que siga muy de cerca los vuelos de su fantasía. Asimismo, mucho contribuirá á la realización del intento la identidad de tendencias y aficiones en uno y otro; pues mientras mayores sean las afinidades de orden psicológico, mayores elementos habrá

también para que la interpretación sea fiel y feliz.

Claro está que no se habla aquí de las versiones literales que en las aulas se hacen de las crestomatías griegas ó latinas; en ellas el profesor no se aparta un punto de la significación literal de cada palabra, porque su intento no es descubrir las bellezas literarias de los trozos escogidos de autores clásicos; sino enseñar la fiel correspondencia entre los vocablos y modismos griegos y latinos, y los de la lengua nativa. Cuando se traduce de esta suerte, suele suceder que desaparece el pensamiento intentado por el autor, verificándose aquello de que *summa fides, summa est infidelitas*. Trátase aquí de aquellas otras versiones que son fieles no tanto á la letra, cuanto al pensamiento, al sentimiento y á la imagen, y que tienden á la imitación del estilo y á la reproducción de una obra de arte. Empresa ardua que pocas veces se lleva á buen término, pues como dice Cervantes, citado por Caro, "los libros de versos traducidos nunca jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento."

Mucho se ha disputado sobre si tales li-

bros se han de traducir en prosa ó en verso. La prosa permanece más fiel al pensamiento, porque arrimándose á la letra más de lo que puede acercarse el verso, conserva íntegra ó casi íntegra la substancia del original; al paso que el verso sacrifica á las exigencias del metro algunas ideas y presta al autor otras que nunca estuvieron en su mente, si bien se desprenden fácilmente de las que expresó.

En ambas versiones, si son buenas, puede conservarse la frescura y colorido de la imagen, y la imagen es la forma interna de la cual reviste el poeta las ideas abstractas y los conceptos universales; pero si la versión se hace en prosa, desaparece aquella forma externa, que consiste en la dición y estilo, en la cadencia y ritmo propios de la poesía.

Por lo que toca á las versiones parafrásticas, deben mirarse más bien como imitaciones que tienden á expresar los pensamientos principales del original, prescindiendo de los secundarios; mas para ser buenas han de reproducir las bellezas de estilo y de dición hasta donde lo consientan las afinidades de una y otra lengua. En tales versiones el poeta se mueve con ma-

yor libertad; pero por esto mismo se aleja del fin intentado en otras traducciones.

La que Pagaza ha hecho de las églogas de Virgilio no siempre es parafrástica. La de la primera, por ejemplo, se ajusta con notable fidelidad al original, y en ella lo mismo que en otras, ha dado muestras de tales dotes poéticas, que yo le llamaría Virgilio redivivo, á no vedarlo la veneración debida al gran poeta mantuano.

A pesar de las trabas que sujetan al que traduce en verso, Pagaza sin esfuerzo alguno imita la estructura de la frase latina, sin que por esto en castellano resulte violento el hipérbaton. Entre muchos pasajes que sacan verdadera esta observación, véase el principio de la égloga VIII *Pastorum musam Damonis et Alfesibai*. A semejanza de Fr. Luis entre los antiguos, y de Caro entre los modernos, ha enriquecido nuestra lengua divulgando frases ó acepciones nuevas ó no muy conocidas, tomadas del tesoro inexhausto del latín. En la primera égloga, por ejemplo, usa *resonar* como transitivo, conservando intacto el pensamiento de Virgilio gallardamente expresado en este verso:

*Formosam resonare doces Amaryllida silvas.*

que nuestro poeta traduce:

Tendido enseñas á la selva fría  
A resonar el nombre  
De la hermosa Amarilis tu alegría.

Asimismo traslada felizmente la frase *canet ad auras*, diciendo:

Al perfumado ambiente  
Dará su canto.

No estuvo menos acertado vertiendo gráficamente el verbo *fumant*, aplicado á los techos de las cabañas, en el siguiente verso:

En espiral se eleva el humo espeso.

Pero lo que más deleita, así en esta como en otras traducciones, es el perfume virgiliano que todas ellas exhalan. La misma elegancia en la frase, la misma delicadeza, la misma suavidad y ternura en los sentimientos.

Si leemos toda la égloga á que voy haciendo referencia, se ve que Melibeo, desposeído de su terruño, se llora desterrado quizá para siempre de los campos que fue-

ron su alegría; pero sereno en medio de su dolor, sin envidia ni odio pondera la felicidad de Títilo, al cual dice:

¡Anciano venturoso! luego quedan  
Defendidos tus campos deliciosos  
Y para tí muy vastos  
Aun cuando encubran á los tiernos pastos  
La estéril piedra y juncos cenagosos.  
No enfermarán las gramas desusadas  
A tus cabras preñadas,  
Ni á las paridas la escasez de hierba;  
Ni el vecino rebaño  
Contagiará á tu grey; del fiero daño  
Tu grey en estos sotos se preserva.  
¡Anciano venturoso! en las orillas  
De estos ríos que alegran la espesura  
Y al labio de las sacras fuentecillas  
Disfrutarás de plácida frescura.  
En las cercas del límite vecino  
Con susurro divino,  
Al desbriznar del sauce las galanas  
Flores pequeñas y del blanco alheño,  
Te incitarán á conciliar el sueño  
Las sonoras abejas sicilianas.  
El leñador sobre las hoscas peñas  
Al perfumado ambiente  
Dará su canto; y roneas las torcaces,  
Tu delicia, del álamo en las greñas  
Gemirán con la tórtola doliente.

Títilo, dolido de la pena que aflige á su

amigo intenta detenerlo siquiera una noche más en aquellos sitios tan queridos, convidándolo con blando lecho y sabrosa cena, en los versos siguientes:

Bien podías quedarte aquesta noche  
Aquí conmigo sobre el césped blando;  
Tengo pomas dulcísimas, castañas  
Cocidas al rescoldo, leche y queso.  
Las auras empañando,  
En espiral se eleva el humo espeso  
Encima de las misereras cabañas;  
Y rápidas se acrecen,  
Al caer negras de los altos montes,  
Las sombras y los valles obscurecen.

En los pasajes anteriores y aun en toda la égloga, llama la atención la *ecuanimidad* de que dan muestra Títilo y Melibeo en todos sus discursos; ni el rigor de la fortuna exaspera á éste, ni sus favores desvanecen á aquel. Esta serenidad de ánimo consueña con la de la naturaleza, cuando al aproximarse la noche dice el poeta;

Y rápidas se acrecen,  
Al caer negras de los altos montes  
Las sombras, y los valles obscurecen.

Tal vez Schiller tuvo presente este pasaje cuando escribió: "La serenidad pertenece